

**ESE MUNDO
DESAPARECIDO**
DENNIS LEHANE



Antes de que la adaptación cinematográfica de *Mystic River* lo lanzara a la fama, Dennis Lehane ya se había afianzado como uno de los autores más destacados del género negro gracias al ciclo de los detectives bostonianos Patrick Kenzie y Angela Gennaro. Sin embargo, ha sido en la última década cuando su enorme talento para desarrollar historias de gran tensión y complejidad psicológica le ha procurado un aluvión de premios y ha convertido sus novelas en una inspiración constante para Hollywood, hasta consagrarlo definitivamente con series tan prestigiosas como «The Wire» y «Boardwalk Empire». Sin duda, no hay en la actualidad ningún escritor que retrate con mayor verosimilitud el mundo de los gánsteres en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX, y esta electrizante novela que cierra la trilogía de *Cualquier otro día* y *Vivir de noche* es la mejor prueba de ello.

Padre de un niño de diez años al que adora, el antaño todopoderoso Joe Coughlin casi ha logrado cortar amarras con su turbulento pasado, aunque no del todo, pues ejerce de consejero del importante clan mafioso de los Bartolo. Pese a ello, lleva una vida más o menos tranquila hasta que dos hechos inquietantes vienen a perturbarla: la aparición del fantasma de un chico que le resulta vagamente familiar, y, mucho más grave, el soplo de que alguien ha puesto precio a su cabeza y planea matarlo durante el Miércoles de Ceniza. Así pues, entre su tarea de mediador entre clanes mafiosos al borde del conflicto y sus pesquisas para descubrir quién quiere acabar con él, Joe se verá retrotraído a los viejos tiempos, aquellos años de traiciones y venganzas, bañados en sangre, donde cada día podía ser el último. Y es que tal vez haya llegado al fin la hora de pagar por sus pecados.

*A Keeks,
la de los ojos azules
y la sonrisa del millón de dólares*

*... I'm driving a stolen car
On a pitch black night
And I'm telling myself I'm gonna be alright.*

BRUCE SPRINGSTEEN, *Stolen Car*

Prólogo

Diciembre de 1942

Antes de que los separasen sus pequeñas guerras se reunieron para recabar apoyos para la gran guerra. Había pasado ya un año desde lo de Pearl Harbor cuando se vieron en el salón de baile Versailles del hotel Palace de Bayshore Drive, en Tampa, Florida, con la intención de recaudar dinero para las tropas desplegadas en el escenario bélico europeo. Era una cena con *catering*, había que llevar corbata negra, hacía una noche seca y apacible.

Seis meses después, una tarde húmeda de principios de mayo, un periodista del *Tampa Tribune* especializado en sucesos se iba a encontrar con unas fotografías tomadas en esa reunión. Se llevó una sorpresa al ver la cantidad de asistentes a esa cena de recaudación de fondos que habían acabado saliendo en las noticias locales, ya fuera por asesinar a alguien o por morir asesinados.

Le pareció que ahí había una historia; su redactor jefe no estaba de acuerdo. «Pero mira —insistía el periodista—, fíjate. Ese que está en la barra con Rico DiGiacomo es Dion Bartolo. ¿Y este de aquí? Estoy casi seguro de que ese pequeño del sombrero es Meyer Lansky en persona. Y aquí... ¿Ves ese que habla con una embarazada? Terminó en la morgue el pasado marzo. Y ahí tienes al alcalde y a su mujer hablando con Joe Coughlin. Otra vez Joe Coughlin, en esta, estrechándole la mano a Montooth Dix, el gángs-

ter negro. A Boston Joe casi no le han sacado fotos en toda su vida, pero esa noche salió en dos. ¿Ese tío que fuma junto a una mujer vestida de blanco? Está muerto. Y este también. ¿El de la pista de baile, con esmoquin blanco? Mutilado».

«Jefe —decía el periodista—, esa noche estaban todos juntos».

El redactor jefe comentó que Tampa era un pueblo que se hacía pasar por una ciudad mediana. La gente no hacía más que cruzarse. La cena pretendía recaudar dinero para la guerra; una de las *causes de rigueur* para los ricos y ociosos; atraían a cualquiera que fuera alguien en la ciudad. Señaló a su joven y entusiasta reportero que a la cena había asistido muchísima gente —dos cantantes famosos, un jugador de béisbol, tres actores de los seriales radiofónicos más populares de la ciudad, el presidente del First Florida Bank, el director general de Gramercy Pewter y P. Edson Haffe, dueño precisamente del diario en que ambos trabajaban— que no tenía ninguna conexión con el derramamiento de sangre que, en el mes de marzo, había manchado el buen nombre de la ciudad.

El periodista siguió protestando un poco más, pero al ver que el redactor jefe se negaba a ceder en ese asunto retomó la investigación de los rumores que hablaban de unos espías alemanes infiltrados en el litoral de Port Tampa. Al cabo de un mes lo reclutó el ejército. Las fotos seguían en la morgue fotográfica del *Tampa Tribune* cuando ninguno de los que aparecían en ellas vivía ya en este mundo.

El periodista, que murió dos años después en la playa de Anzio, no tenía manera de saber que el redactor jefe — que vivió treinta años más que él, hasta que se lo llevó una enfermedad coronaria— había recibido órdenes de poner fin al seguimiento de cuanto tuviera que ver con la familia criminal de los Bartolo, con Joseph Coughlin o con el alcalde de Tampa, un valioso joven de una valiosa familia local.

Bastante se había ensuciado ya, según le dijeron, el nombre de la ciudad.

Por lo que a ellos concernía, los asistentes a aquella reunión de diciembre habían participado en una reunión absolutamente inocua de gente que apoyaba a los soldados de ultramar.

Joseph Coughlin, el hombre de negocios, había organizado el acontecimiento al ver que muchos de sus antiguos empleados pasaban a engrosar las filas del ejército, ya fuera porque los reclutaban o porque se alistaban de manera voluntaria.

Vincent Imbruglia, que tenía a dos hermanos en la guerra —uno en el Pacífico y el otro en algún lugar de Europa que nadie le sabía precisar— dirigió la rifa. El premio principal eran dos entradas de primera fila para un concierto de Sinatra en el Paramount de Nueva York a finales de mes, con dos billetes de primera clase en el tren Tamiami Champion. Todo el mundo compró ristras enteras de boletos, pese a dar por hecho que el bombo estaba trucado para que ganara la esposa del alcalde, gran fan de Sinatra.

El gran jefe, Dion Bartolo, exhibió los bailoteos que le habían servido para ganar unos cuantos premios en la adolescencia. De paso, proporcionaba a las madres e hijas de algunas de las familias más respetables de Tampa historias que contar a sus nietas. («Un hombre capaz de bailar con esa elegancia no puede ser tan malo como dicen algunos»).

Rico DiGiacomo, la estrella más brillante del submundo de Tampa, apareció con su hermano Freddy y su adorada madre, y su peligroso *glamour* solo se vio superado al llegar Montooth Dix, un negro de altura excepcional que aún parecía más alto por el sombrero de copa que coronaba su esmoquin. La mayor parte de los miembros de la elite de Tampa nunca había visto a un negro en sus fiestas, salvo que llevara una bandeja en la mano, pero Montooth Dix se

desenvolvía entre aquella muchedumbre de blancos como si diera por hecho que eran ellos quienes debían servirle.

La fiesta tenía el grado de respetabilidad suficiente para poder asistir a ella sin remordimientos, y la peligrosidad suficiente para merecer comentarios durante el resto de la temporada. Joe Coughlin tenía un talento especial para poner en contacto a los próceres de la ciudad con sus demonios y lograr que pareciese una pura juerga. A ello contribuía el hecho de que el propio Coughlin, de quien se rumoreaba que en otro tiempo había sido gángster, y bien poderoso, hubiera evolucionado luego para salir de la calle. Era uno de los mayores contribuyentes de las obras de beneficencia en toda la zona central del oeste de Florida, amigo de numerosos hospitales, sopas bobas, bibliotecas y refugios. Y si eran ciertos los otros rumores —según los cuales no había abandonado del todo su pasado criminal—, bueno, no se puede culpar a nadie por mantener cierta lealtad con quienes lo han acompañado a la cumbre. Desde luego, si algunos de los magnates, dueños de fábricas o constructores allí presentes necesitaban serenar la agitación entre sus trabajadores o desatascar las rutas de aprovisionamiento, sabían a quién llamar. En aquella ciudad, Joe Coughlin era el puente entre lo que se proclamaba en público y el modo de conseguirlo en privado. Si te invitaba a una fiesta, acudías aunque solo fuera para ver quién se presentaba.

Ni siquiera el propio Joe daba a esas fiestas un significado mayor que ese. Cuando alguien celebraba una en la que lo más granado de la ciudad se mezclaba con los rufianes, y los jueces charlaban con los capos como si nunca se hubieran visto —ni en el juzgado, ni en algún reservado—, cuando el pastor del Sagrado Corazón aparecía y bendecía la sala antes de zambullirse en ella con tanto afán como los demás, cuando Vanessa Belgrave, la esposa del alcalde, bella pero gélida, alzaba el vaso hacia Joe en señal de gratitud y un negro tan imponente como Montooth Dix era ca-

paz de entretener a un grupo de carcamales blancos con el relato de sus proezas en la Gran Depresión sin que nadie presenciara una mala palabra, ni un solo tambaleo de borracho, bueno, esa fiesta era algo más que un éxito, posiblemente era el mayor éxito de la temporada.

La única señal de inquietud se produjo cuando Joe salió al patio trasero a tomar el aire y vio al niño. Entraba y salía de la zona oscura, en el límite más lejano del patio. Avanzaba y retrocedía en zigzag, como si jugara con otros niños al pillapilla. Pero no había más niños. A juzgar por su estatura y su corpulencia, tendría seis o siete años. Abría bien los brazos e imitaba el sonido de una turbina, que luego se transformaba en avión. Abría los brazos como alas y se escoraba para recorrer la línea trazada por los árboles, gritando: «¡Broummm, broummm!».

Joe fue incapaz de identificar la otra cosa que le extrañaba de aquel muchacho, aparte de la mera presencia de un niño solo en una fiesta de adultos, hasta que se dio cuenta de que la ropa que llevaba había pasado de moda hacía diez años. Más bien veinte, de hecho. El crío vestía bombachos y una de esas gorras grandes de golf que se llevaban cuando el propio Joe era un niño.

No podía verle bien la cara porque estaba demasiado lejos, pero tuvo la extraña sensación de que eso no iba a cambiar por mucho que se acercara. Incluso desde aquella distancia sabía que la cara del niño sería irremediablemente indefinida.

Joe salió de la zona enlosada del patio y cruzó el césped. Sin dejar de imitar el ruido de un avión, el niño echó a correr hacia la oscuridad, más allá del césped, y desapareció en la arboleda. Joe oyó su zumbido al fondo de la zona oscura.

Cuando estaba en medio del patio, Joe oyó un susurro a su derecha:

—Pssst. ¿Señor Coughlin? ¿Joe?

Acercó una mano a pocos centímetros de la Derringer que llevaba encajada en la zona lumbar. Aunque no era el arma que solía preferir, le parecía la más adecuada cuando tenía que vestir de etiqueta.

—Soy yo —dijo Bobo Frechetti, asomando por detrás de una higuera de Bengala que había al borde del césped.

La mano de Joe apareció de nuevo a la vista por delante del cuerpo.

—Bobo, ¿cómo lo llevas?

—Estoy bien, Joe. ¿Y tú?

—Mejor que nunca. —Joe miró hacia la hilera de árboles y no vio más que oscuridad. Ya no oía al niño a lo lejos. Se dirigió de nuevo a Bobo—: ¿Quién ha traído a ese niño?

—¿Qué?

—El niño. —Joe señaló—. Ese que estaba imitando un avión. —Bobo se lo quedó mirando—. ¿No has visto un crío por ahí? —Volvió a señalar.

Bobo negó con la cabeza. Bobo, un tipo tan canijo que a nadie le costaba creer que había sido *jockey* en otros tiempos, se quitó el sombrero y lo sostuvo en la mano.

—¿Te has enterado de que reventaron la caja fuerte en la cantera de Lutz?

Joe dijo que no, aunque sabía que Bobo se refería al robo de seis mil dólares de una caja fuerte de la Bay Palms Aggregate, empresa subsidiaria de una de las compañías de transporte de la familia.

—Mi socio y yo no teníamos ni idea de que el dueño era Vincent Imbruglia. —Bobo gesticulaba como los árbitros de béisbol cuando señalan que el corredor ha llegado a tiempo a la base—. Ni idea.

Joe conocía esa sensación. Todo su camino por la vida había quedado determinado cuando él y Dion Bartolo, casi en pañales todavía, habían robado en un casino sin saber que el dueño era un gángster.

—Vale, entonces no pasa nada. —Joe se encendió un cigarrillo y ofreció el paquete al ladrón menudo de cajas

fuerter—. Devolved el dinero.

—Lo hemos intentado. —Bobo sacó un pitillo, lo encendió con el fuego que le ofrecía Joe y le dio las gracias con una inclinación de cabeza—. Mi socio... ¿Conoces a Phil?

Phil Cantor. Lo llamaban Pico Phil, por el tamaño de su nariz. Joe asintió.

—Phil fue a ver a Vincent. Le contó que nos habíamos equivocado. Le dijo que teníamos el dinero y lo íbamos a devolver. ¿Sabes lo que hizo Vincent?

Joe negó con un movimiento de cabeza, aunque tenía una ligera idea.

—Lo arrojó al tráfico. En plena Lafayette, a plena luz del puto día. Phil rebotó en la parrilla delantera de un Chevy como la bola en un buen golpe de bate. La cadera hecha añicos, las rodillas hechas polvo, las mandíbulas cosidas con alambre. Y cuando está tirado en medio de Lafayette, va Vincent y le dice: «Nos debéis el doble. Tenéis una semana». Y luego le escupe. ¿Qué clase de animal sería capaz de escupir a un hombre? A cualquier hombre. ¿Joe? Es una pregunta. Y más aún si se trata de uno que está tirado en la calle con unas cuantas fracturas.

Joe meneó la cabeza de lado a lado y luego abrió los brazos.

—¿Y qué puedo hacer yo?

Bobo le pasó una bolsa de papel.

—Aquí dentro está todo.

—¿La cantidad original? ¿O el doble que pidió Vincent?

Bobo se removió, inquieto, y miró los árboles que los rodeaban antes de volver a centrarse en Joe.

—Tú puedes hablar con esa gente. No eres ningún animal. Puedes decirles que cometimos un error y que mi socio va a estar en el hospital hasta dentro de... qué sé yo, ¿un mes? Me parece un precio muy alto. ¿Puedes plantearlo tú?

Joe se quedó un momento fumando.

—Si te saco de este lío...

Bobo le agarró una mano y le plantó un beso, aunque buena parte de sus labios aterrizó en el reloj de Joe.

—Suponiendo que lo consiga —Joe retiró la mano—, ¿qué harás tú por mí?

—Lo que tú digas.

Joe miró la bolsa.

—¿Aquí hay hasta el último dólar?

—Contaditos de uno en uno.

Joe dio una calada y luego soltó una lenta bocanada de humo. Siguió esperando que volviese el niño, o que al menos se oyera su voz, pero parecía claro que no había nadie en la arboleda.

Miró a Bobo y dijo:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? Joder. ¿De acuerdo?

Joe asintió.

—Pero nadie da nada por nada, Bobo.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Gracias, gracias.

—Si alguna vez te pido algo... —Se acercó más a él—. Cualquier puto favor que te pida, perderás el culo por hacerlo. ¿Está claro?

—Como el agua, Joe. Como el agua.

—Y como te rajés...

—No me rajaré, no me rajaré.

—Haré que te echen un mal de ojo. Y no uno cualquiera. Conozco a una bruja en La Habana... La muy jodida nunca falla.

Bobo, como tantos otros tipos que se habían criado en el ambiente de las carreras de caballos, era muy supersticioso. Mostró las manos a Joe, con las palmas a la vista.

—No te preocupes por eso.

—Y no me refiero a un maleficio de esos de pacotilla, de los que te echan las abuelas italianas bigotudas de Nueva Jersey.

—Por mí no te preocupes. Pagaré mi deuda.

—Hablo de una maldición venida de Cuba, pasando por La Española. Hasta tus descendientes quedarían tocados.

—Lo prometo. —Bobo miró a Joe con la frente y los párpados recubiertos de una capa nueva de sudor—. Y si no, que Dios me fulmine aquí mismo.

—Bueno, tampoco se trata de eso, Bobo. —Joe le dio una palmadita en la cara—. Si no, no podrías pagarme la deuda.

Vincent Imbruglia estaba destinado a convertirse en capitán, aunque él aún no lo sabía y a Joe no le parecía una gran idea. Sin embargo, eran tiempos duros, cada vez costaba más encontrar a alguien que aportara buen dinero, y algunos de los mejores hombres estaban en la guerra, de manera que a Vincent lo iban a ascender al cabo de un mes. Hasta entonces, de todos modos, seguía trabajando para Enrico Rico DiGiacomo, lo cual implicaba que el dinero robado en su cantera en realidad pertenecía a Rico.

Joe encontró a Rico en la barra. Le pasó el dinero y le explicó la situación.

Rico bebió un trago y frunció el ceño cuando Joe le contó lo que le había pasado al pobre Pico Phil.

—¿Lo tiró contra un puto coche?

—Efectivamente. —Joe también bebió un trago.

—Hay que tener poco estilo para hacer algo así.

—Estoy de acuerdo.

—Joder, hay que tener un poquito de clase.

—Claro que sí.

Rico se lo pensó un poco mientras lo invitaba a otra ronda.

—A mí me parece que su delito ya ha tenido suficiente castigo, y hasta un poquito de sobra. Dile a Bobo que queda liberado, pero que no asome la jeta por ninguno de nuestros bares durante un tiempito. Que se calme todo el mundo. Así que le partió la mandíbula al cabroncete, ¿eh?

—Sí, eso me ha dicho —asintió Joe.

—Lástima que no fuera la nariz. Así hubieran podido... No sé, reestructurársela para que no parezca que Dios estaba borracho y le puso el codo donde iba la nariz. —Su voz quedó suspendida en el aire mientras repasaba la estancia con la mirada—. Menudo fiestón, jefe.

—Ya no soy tu jefe —contestó Joe—. Ni el de nadie.

Rico encajó la información con un rápido movimiento de ceja y volvió a repasar el bar entero.

—Aun así, la fiesta es total. *Salud* —añadió en español para despedirse.

Joe echó un vistazo a la pista, donde bailaban los chulos con las antiguas reinas de belleza, todos de veintiún botones. Volvió a ver al niño, o le pareció verlo asomarse entre un remolino de faldas y vestidos de volantes. Tenía la cara vuelta y se le veía un pequeño mechón rebelde en la nuca; se había quitado la gorra, pero aún llevaba puestos los bombachos.

Y luego ya no estaba ahí.

Joe dejó la copa a un lado y juró que no bebería más en toda la noche.

Pasado el tiempo, recordaría esa noche como la Última Fiesta, el último paseo en libertad antes de que todo empezara a deslizarse hacia el despiadado mes de marzo.

Pero en ese momento solo era una fiesta fantástica.

1

A propósito de la señora Del Fresco

En la primavera de 1941, un hombre llamado Tony Del Fresco se casó con una mujer llamada Theresa Del Frisco en Tampa, Florida. Ese es, por desgracia, el único detalle relativamente divertido que alguien podría recordar de ese matrimonio. Una vez pegó a su mujer con una botella; ella le pegó a él con un mazo de cróquet. El mazo era propiedad de Tony, que lo había llevado de Arezzo unos años antes y había instalado los aros y las estacas en el cenagoso jardín de la familia, en la zona oeste de Tampa. Tony se dedicaba a reparar relojes de día y a forzar cajas fuertes de noche. Decía que el cróquet era lo único que le serenaba la mente, que —tal como él mismo reconocía— estaba siempre llena de una rabia que resultaba aún más negra por ser inexplicable; al fin y al cabo, Tony tenía dos buenos trabajos, una mujer hermosa y tiempo para jugar al cróquet los fines de semana.

Por muy negros que fueran los pensamientos que poblaban la cabeza de Tony, todos se derramaron hacia el exterior cuando Theresa le hundió un costado del cráneo con el mazo, a principios del invierno de 1943. Los agentes concluyeron que después de soltar aquel golpe inicial que dejó incapacitado a su marido, Theresa le había pisado el pómulo para fijar la cabeza al suelo de la cocina y luego le había descargado el mazo en el cogote hasta dejarlo con la